

LA BIBLIOTECA DE NARIÑO

Escribe: ALBERTO MIRAMON

Mimado de la fortuna, ábitro de las elegancias intelectuales y mundanas en la capital del Nuevo Reino de Granada, Antonio Nariño no ha conocido aún los sinsabores; nada sabe del cáliz de la amargura, y es natural que su audacia y la fogosidad de su carácter hayan aumentado. Intelectual de soberana y sutil inteligencia, debía ser necesariamente el revolucionario formidable, el apóstol de los nuevos principios, el agitador de ideas "que tuvo de la libertad un concepto tan alto y una visión tan intensa y moderna, que la comprendió, no sólo como aspiración ineluctable del alma humana, sino como una consagración de superioridad moral que implica la previa labor de merecerla y, por eso, antes de independizar pueblos, se ha de comenzar por emancipar espíritus". Pero, con todo, el revolucionario, el hombre dado a una idea transformadora, todavía no incendia su corazón.

En un principio, las ideas revolucionarias sólo fueron abrazadas por contadas personas de imaginación viva y aficionadas a las novedades extranjeras. Era menester que esas ideas fueran las de todos.

La revolución filosófica, tarda y perezosa en apoderarse de la masa general del pueblo, hizo estragos en los elementos jóvenes y estudiosos de la sociedad americana.

El verdadero origen de nuestra independencia hay que buscarlo —palabras son del insigne humanista don Miguel Antonio Caro— en la biblioteca del precursor santafereño.

La biblioteca, —su librería, como dice con orgullo—, valiosa desde los tiempos en que vivía a la vera paterna, se ha ido enriqueciendo con el paso de los días —contaba cerca de seis mil volúmenes— y la inagotable curiosidad intelectual de su

dueño "con libros modernos que ocultamente hacía venir de Europa"; libros "antorchas del mundo que abrió demasiado los ojos sobre sus desgracias a la luz de sus escritos", según le decía su amigo el naturalista don Francisco Antonio Zea.

Recatados a la vista de los concurrentes al hogar, conservaba los enciclopedistas franceses de no muy ortodoxa doctrina, así como las obras de los filósofos del siglo, porque el misterioso poder de los libros, esas voces mudas e infinitas del pensamiento, cautivaban con su magia a este varón de empresas que cual un hambriento, mordía aquí y allá, en todos los manjares que le ofrecía el banquete de la inteligencia, sin lograr satisfacerse nunca.

A semejanza de quien inesperadamente o a la vuelta de un camino se encuentra de pronto ante un horizonte insospechado que alumbra un nuevo sol, dio entonces Nariño con las obras completas del autor que había de decidir su destino e inflamar su entendimiento con el fuego inextinguible de las rebeldías; con el autor que, al hacerse presente desde el primer momento en su espíritu inquieto y tornadizo, moldearía para siempre el futuro de su vida y uniría su alma para las acciones extraordinarias: con Juan Jacobo Rousseau.

Quizás sea posible formarse idea de lo que para aquellas generaciones pretéritas significó el autor de "El Contrato Social" por la contemplación palpable de la influencia que las enseñanzas de Karl Marx han operado en los hombres y en la economía de nuestros días; porque Rousseau es, con Marx, uno de los ejemplos más brillantes que puedan darse acerca de la influencia espiritual sobre su tiempo. El agitó, desveló y transformó por último a la sociedad de su siglo y del siguiente. Mientras Voltaire y los demás enciclopedistas representaban el lado negativo del nuevo espíritu o se contentaban con ser los campeones de la crítica burlona, Juan Jacobo Rousseau representaba la afirmación impertérrita de una nueva fe social. Era, según la expresión de Romain Rolland, el nuncio sin careta de la república, al mismo tiempo que el renovador de la literatura personal por su ardor en investigar el pasado afectivo y por la audacia en ofrecerse abierta, desnudamente, al juicio de los hombres.

Desde el primer momento, Nariño sintió la fascinación de aquel director de conciencias que, a despecho de haber sido débil y miserable en su vida privada, en su obra literaria y filosófica

se muestra equilibrado, firme y lúcido, aunque sin rigidez. Sólo que Juan Jacobo Rousseau no dio a Antonio Nariño únicamente el ideal revolucionario; aquel gran filósofo que muchos críticos han tenido con razón por el padre del romanticismo, infundió en el alma del criollo el gusto quizás excesivo, por una existencia agitada, por una vida cruzada de sobresaltos y desbordada de los cauces comunes: él enseñó a este habitante de una ciudad mediterránea, junto con la gran verdad de la naturaleza, el principio de que el mundo es amplio y hay que vivirlo; él le dio la gran lección que después lo lanzó y sostuvo en todos los caminos y vicisitudes.

... Y cuando bien entrada la noche, en la amplia casona de la plazuela de San Francisco, extinguido el velón que ilumina el salón de lectura, Antonio Nariño, con paso lento, vencido ya por el sueño, se encamina al lecho penumbroso y honesto, lleva encendido en su frente un enjambre de ideas libertadoras. En sus ojos brilla un fuego extraño; empieza a alborear dentro de sí un nuevo ser. Y quien ahora se recoge a descansar, va a levantarse en un nuevo día a trabajar sin reposo por la independencia, por la libertad y por la tolerancia.